

Carcajadas surrealistas

Las novelas ganadora y finalista del Premio Herralde son dos artefactos humorísticos muy distintos que cumplen con lo prometen

A penas han pasado unos pocos segundos desde que cae en mis manos un ejemplar del último premio Herralde de novela y ya me estoy riendo. Antes siquiera de empezar con el libro me detengo en su solapa donde descubro a Juan Pablo Villalobos, mexicano afincado en Barcelona, que según la información que proporciona Anagrama "ha investigado temas tan dispares como la ergonomía de los retretes, los efectos secundarios de los fármacos contra la disfunción eréctil o la excentricidad en la literatura latinoamericana de la primera mitad del siglo XX". ¿Cómo se me ha podido pasar este tío? me digo apenado, al enterarme de que ha publicado varias novelas invariablemente bien recibidas y traducidas a una docena de idiomas.

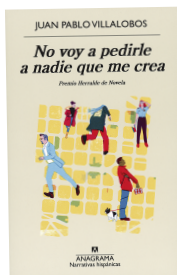
Unas pocas páginas son suficientes para comprender que Villalobos parece decidido a explotar todas las variantes del humor, desde la parodia afilada y certera al gag chusco y de brocha gorda. Para ello se vale, alternativamente, de grandes dosis de incorrección política, chistes formulados a la manera tradicional (Estaban un mexicano, un chino y un musulmán...), *slapstick* (el sarpujido intermitente del protagonista) y hasta los monólogos al más puro estilo *stand up comedy*. Recursos que maneja con soltura y de los que se aprovecha para construir una comedia de enredo muy negra y efervescente en la que los despropósitos no dejan de sucederse y aumentar de intensidad.

Villalobos parece incapaz de tomarse un momento de respiro y pone en pie una novela efectista y trepidante, salpicada de referencias culteetas (Nabokov, Ibarngioitia, Volpi) pero repleta de acción, en la que no dejan de suceder cosas cada vez más turbias hasta desembocar en un mutis desconcertante y abrupto, a lo Tony Soprano. *No voy a pedirle a nadie que me crea que me crea* cumple sobradamente con la cuota mínima exigible de asesinatos, extorsiones, traiciones, corruptelas, teorías de la conspiración, amores y desamores. También hay estudiantes de doctorado (literatura comparada), mafiosos, okupas antisistema, lesbianas que no lo son tanto, comisionistas de la Generalitat, una *mossa d'esquadra* perillera, pakistaníes ateos...

Como nos anuncia el título, *No voy a pedirle a nadie que me crea* es un auténtico disparate. Una trama cada vez más delirante, conexiones imposibles; la estructura, fraccionaria y caleidoscópica, francamente original. Una negrísima comedia de enredo en la que el humor y el juego literario se entremezclan con elementos más propios de



El mexicano Juan Pablo Villalobos, ganador del Premio Herralde de Novela



Villalobos construye una comedia de enredo muy negra y efervescente

un thriller. Hay ratos en los que recuerda a una novela de campus de David Lodge, otras veces parece una versión barcelonesa de las pelis de Guy Ritchie.

Aunque por su peculiar construcción no pueda hablarse, en puridad, de protagonistas, gran parte del peso de la narración recae sobre Juan Pablo, quien se ve envuelto en una oscura trama de proporciones internacionales, y su novia, o más bien exnovia, Valeria. Los dos son mexicanos y más o menos están en Barcelona como estudiantes de posgrado. Por su aspecto, él podría pasar por europeo. En ella es más evidente su condición de latina. Al contrario que Juan Pablo, güerito y de ojos claros, Valeria es más bien prieta, medio morocha. El tono oscuro y las facciones fuertes y marcadas de Valeria atormentan a la torrencial y megalómana madre de Juan Pablo. El dato, aunque pueda parecer poco relevante, es vital para comprender cómo acaba encajando ella las piezas del rompecabezas y su relación con la fuente de todos los problemas: el primo de Juan Pablo quien, de forma póstuma, ha puesto en marcha el engranaje que acabará por detonar este divertidísimo artefacto.

Los martes, Milagro

Lo primero que a uno le viene a la mente al abordar esta lectu-



Federico Jeanmaire fue el finalista



En comparación con Villalobos, Jeanmaire ha desarrollado una carrera más convencional

ra es aquello que decía Montenegro acerca de los enanos. Según el escritor hondureño (quien por cierto era bastante bajito), estos tienen un sexto sentido que les permitía identificarse rápidamente en mitad de una multitud. A medida que avanzamos vemos que lo que en principio podía parecer humor blanco deriva hacia el esperpento surrealista.

Conocemos así la historia de Milagro, uno de esos enanos –"hombres bajos y mujeres bajas", prefiere decir él, cumpliendo con la cuota de lenguaje inclusivo– obligados a aceptar trabajos denigrantes para sobrevivir. En un primer momento trabajó en el circo, representando *sketches* equiparables al del bombero torero, hasta que la escasez de espectadores hizo que lo cerraran. Pero Milagro no se arrenda ante la adversidad. Como cabía esperar, su nombre resulta profético. Él tiene inquietudes, es un hombre leído que acumula conocimientos en los más diversos campos. Durante una temporada le fue bastante bien como *stripper*, tanto como para independizarse del jefe explotador y producir y diseñar su propio espectáculo.

Poco más tarde se convertirá

en el ideólogo y fundador de una comuna en la que solo se acepta a personas de estatura igual o inferior al metro cuarenta y siete. Además de todo eso, Milagro es también el ejemplo prototípico de narrador poco fiable. Digo esto no solo por el hecho de que estamos ante lo que, cada vez más, parece tratarse de una confesión, el relato de un crimen narrado en primera persona, cualquier acusado tiene el derecho, y casi la obligación, de faltar a la verdad si logra así exculparse. Milagro es una fuente poco fiable precisamente por sus intentos de explicarlo todo, por su afán contextualizador, por su mal entendida vocación de objetividad extrema. Balbuena, remolonea, avanza a trompicones. Las interrupciones y digresiones son constantes en su discurso, como si además de enano fuera también tartamudo. De manera francamente ingeniosa la información clave se va postergando, Milagro se las arregla para irse por las ramas y hurtarle al lector el dato decisivo, que será desvelado en la última página, casi en la última frase.

Miguel Artaza